

cabida á doce mil personas, debía estar terminada para fines de Febrero de 1887, debiendo estrenarla el espada mexicano Ponciano Díaz lidiando toros de las acreditadas ganaderías de *Paranguero*, de Guajuato, y *Ramos*, de Durango.

A la vez, y no habiendo autorizado la ley privilegio alguno, á fines de Enero estaban en construcción otras dos plazas, en terrenos de los paseos de la Reforma y de Bucarelli y potreros de la Alberca Pane, y se proyectaban otras dos en distintos puntos. Mientras, las de Tlalnepantla y Toluca, puestas, gracias á los trenes rápidos, á unas horas de México, hacían indecibles esfuerzos para explotar la diversión antes de que la Capital se llevase todas las utilidades. Ese riesgo tardó poco en sobrevenirles, pues el domingo 20 de Febrero se realizó el estreno de la plaza de San Rafael, título que tomó la plaza de la propiedad de los Sres. Ferrer.

No se busque aquí la reseña de esos espectáculos, de los que no soy enemigo, pero que sólo por incidencia toco en este capítulo, para ponerlos en contraste con el fracaso de otros verdaderamente artísticos y civilizadores. Búsquense sus revistas en el citado *Arte de la Lida*, y aquí digamos sólo que el éxito de la primera corrida fué en cuanto á productos para el empresario, supremamente bueno, aunque la competencia de sus rivales en los Estados llegó al extremo de que el de la Plaza de Puebla contrató al célebre *diestro* español Luis Mazzantini, con el preciso compromiso de no admitir contrato ó ajuste para la Capital. Así convenido, Mazzantini vino de la Habana á la República, causando su entrada en ella más sensación que la de la misma Adelina Patti, y para los Domingos 27 de Febrero, y 6 y 13 de Marzo, anunciáronse tres corridas que tendrían lugar en la Plaza del Paseo Nuevo de Puebla, con los siguientes precios de localidades: Lumberas, *cuarenta pesos*; silla numerada de barrera, *seis pesos*; silla numerada bajo la lumbera, *cinco pesos*; Entrada á sombra, *cuatro pesos*; Entrada á sol, *un peso cincuenta centavos*. Para que de México pudieran ir á Puebla los aficionados, pusieron trenes especiales y directos. Como entre corrida y corrida habían de trascurrir seis días, Mazzantini deseó pasar algunos en la Capital, y á ello fué invitado por altos círculos de ella. El famoso *diestro* llegó aquí en la noche del 2 de Marzo, encontrando en la Estación un número infinito de personas de todas clases, que deseaban conocerle, y varios distinguidos miembros del Jockey Club que le condujeron al Hotel del Jardín, en que se le había preparado cómodo alojamiento. Allí Mazzantini cambió de traje y poco después se dirigió á la casa palacio de D. Eduardo Rincón para asistir á la suntuosa cena con que le obsequió el opulento capitalista. El siguiente día fué D. Pablo Escandón quien le ofreció en su quinta de Tacubaya un espléndido banquete.

No sé cómo, ni importa averiguarlo, sus admiradores en México

podieron conseguir que á pesar de su contrato en Puebla, Luis Mazzantini diese en la Plaza de San Rafael una *corrida* el miércoles 16 del referido Marzo. Permítaseme aquí que no sea yo quien hable de aquel sensible y sensacional escándalo, y tomemos su narración de periódicos de la época. Hé aquí lo que dijo *El Diario del Hogar*:

“Ayer á las seis de la tarde terminaba de una manera trágica la famosa corrida de toros que anunció la empresa Mazzantini, para la plaza de San Rafael: inútil sería entrar en pormenores ociosos, pues el público que tuvo la debilidad de creer al *bombo taurino*, lanzado tan sin conciencia á la faz de una sociedad que inocentemente se entrega en brazos de los especuladores, ha dado su fallo. Ocho pesos, nueve pesos y más, se permitió esa Empresa pedir por la entrada al redondel de San Rafael. Desde las dos de la tarde llegaba el público crédulo; á las tres y media comenzaron á salir las reses motivo de estas líneas. La cuadrilla Mazzantini vestía con propiedad, y lució á medias con tan mal ganado. Las lumberas las ocupaban damas de la mejor sociedad y en todas partes la mantilla española y los trajes charros presentaban un hermoso golpe de vista. La primera res fué estoqueada por Mazzantini tres ó cuatro veces, muriendo al fin después de haber recibido una tremenda y mala estocada tendida, que dió lugar á algunas demostraciones de desaprobación. La segunda res, tan mala como la primera, tuvo que morir á manos de Cuatro Dedos, después de una faena muy dilatada y fatigosa. La tercera res dió algún juego y entró poco á la pica y aunque floja en las banderillas, á la hora de la muerte le dió mucha guerra á Mazzantini y al grado de haberle roto el vestido de la pierna derecha. Al fin fué despachada de varias estocadas de *volapié*. La cuarta res fué al chiquero á instancias del público, impaciente de tanto toro malo. La quinta, era un toro completamente matrero que investía cuando le daba la gana, y en peligro estuvieron varios lidiadores de una *cogida*. Cuatro Dedos lo *despachó* después de muchos pinchazos de costado y de entrehueso. La quinta fué al toril á los pocos momentos, porque no dió ningún juego. Por sexto y último toro echaron al redondel la tercera vaca metida, burlándose de una manera descarada del público, que altamente indignado por tan soberano desprecio abandonó la plaza en medio del mayor disgusto y de las demostraciones más significativas de su ira. Se va haciendo ya crónica la costumbre de esquilmar á los aficionados á las lides de toros con precios excesivos y engañándolos de la manera más vituperable. La autoridad, si ha de cumplir con su deber, después de cerciorarse de que no hay engaño en esta clase de diversiones, debe conceder el permiso á los especuladores é imponerles fuertes multas cuando falten como ahora sucedió. Al terminar la corrida, el público de sol no pudo contenerse y arrojó las sillas al redondel en medio de las mayores imprecaciones. Sobre ocho mil



personas engañadas dejaron en los bolsillos de la Empresa cerca de 32,000 pesos; justo es que ésta contribuya con la mitad por vía de multa para las obras de Beneficencia. La cuadrilla española no pudo lucir sus habilidades é hizo fiasco completo, especialmente los picadores que no dieron *pie con bola*.”

Por su cuenta *El Monitor Republicano* añadió lo que sigue:

“En efecto, el respetable público ha hecho destrozos en la Plaza. Enfurecido porque le habían cobrado tan caro por ver cosas tan malas, rompió todas las barandillas de los palcos, tiró todas las sillas al redondel, después un grupo apedreó á Mazzantini á la salida, á pesar de que su carretela iba escoltada por gendarmes de á caballo. En seguida, por las calles principales discurrían otros grandes grupos gritando *mueras* á Mazzantini y *vivas* á Ponciano Díaz. Ha sido éste un magno escándalo. Nosotros seguimos aplaudiendo desde la valla. ¡Bien, muy bien! . . . . ¿Querías toros? . . . . Ahí los tienes. Pueblo soberano, te explotan las empresas, te cobran un ojo de la cara, lo que nunca se había pagado por ver una corrida de bueyes, y tú te desquitas con la plaza que nada te ha hecho, con las sillas que son inocentes, y seguirás dejándote explotar, y seguirás pagando lo que te pidan por ver ridículas novilladas, y seguirás apedreando á los toreros que no tienen la culpa de que las fieras salgan ovejas, pero seguirás también pagando lo que te pidan, llenando los cofres de los empresarios, que se burlan de ti, y les da un comino que la corrida esté mala, como la entrada esté buena. En las plazas de toros de México y Puebla, cada corrida es un escándalo, las empresas sí han salido más bravas que un toro de Atenco, antiguamente se entiende, pero ahora no hay que quejarse, están en su derecho. ¿Qué se entiende por toros? . . . . El desenfreno, el desorden, la grosería y por fin, las riñas. Nosotros no pediremos el castigo de la empresa, al contrario, aplaudimos sus diabluras; que explote al público, que lo apaleé, que le dé borregos en vez de toros, hace bien. ¿No querían vdes. toros? . . . . Pues ahí los tienen. Nos quejamos de los abusos de las empresas de teatros, y ¿qué valen esos abusos junto á los que cometen los taurinos empresarios? La empresa de la primera plaza que se alzó en México, de lo único que ha tratado es de hacer su gusto; lo demás es lo de menos para ella, pero el público va allí á pesar de todo, irá sin reparar en el precio, ni en los escándalos. ¿Qué culpa tiene, pues, la pobre empresa? No, no pediremos su castigo. Al contrario, aplaudimos desde la valla.”

El Regidor que presenció la corrida, que lo fué D. José de Teresa Miranda, dirigió el 17 una comunicación al Gobernador del Distrito, diciéndole entre otras cosas lo que sigue:

“El reglamento faculta al Regidor que preside para imponer las multas que aquel señala, pero en atención á que en concepto del sus-

crito no son suficientes esas penas para castigar las infracciones que se cometieron y que originaron el grave escándalo que tuvo lugar en la repetida plaza, he recomendado al ciudadano Inspector General de Policía, reduzca á prisión al empresario C. J. Camacho y lo ponga á disposición de vd., para que le imponga la pena que juzgue conveniente.”

Sobre el mismo asunto, que conmovió hondamente á México, dijo Enrique Chávvarri en su crónica del Domingo:

“El gran acontecimiento de la semana ha sido la famosa corrida del miércoles en la plaza de San Rafael, que puede llamarse la plaza de los escándalos. Se cobraba como nunca ni en ningún país se ha cobrado por ver toros, nueve pesos por asiento numerado, ocho por estar de pie entre la bola, se revendieron las lumbreras, hubo quien pagara por una, doscientos duros; la plaza estaba llena, Mazzantini iba á demostrar su habilidad, pero . . . . ya se sabe el gran fiasco; los toros eran de lo más manso, de lo más inofensivo de nuestras ganaderías, no entraban al trapo, huían como unas cabras; imposible de hacer nada con ellos, y el pueblo impaciente, el pueblo que había pagado una enormidad para ver aquella corrida de bueyes, se puso furioso, terrible, amenazador, y el jaleo fué espléndido, volaron las sillas al redondel, destruyeron todos los barandales de los palcos, insultaron á los toreros, y á la salida el mismo Mazzantini fué apedreado. Ahora sí, ¿es verdad? ya estos son toros, ya nos vamos poniendo en carácter; necesitaba la fiebre taurina ese tónico para seguir triunfante su invasión. Lo que me admira es la indignación del público. . . . . ¿Qué se entiende por toros? . . . . Y si le rompen á uno la cabeza de un silletazo, si le deshacen el cráneo de un garrotazo, si le derriban á uno desde la primera grada á la barrera. . . . . ¡mejor! . . . . esos son los toros. ¿O se le figura al respetable público que se trata de otra cosa? No hay corrida, especialmente las de México, las de la famosa Plaza de los Escándalos, por otro nombre llamada de San Rafael, que no principie ó acabe á farolazos. ¡Adelante, adelante con los toros! . . . . Es la fiebre del día, es una catarata que se nos ha venido encima. Nosotros aplaudimos desde la barrera. Mazzantini, que fué durante una semana el héroe del día entre nosotros, ha salido apedreado é injuriado por el pueblo, injustamente, porque no tuvo la culpa del buen genio de los toros. Mazzantini cayó de su pedestal; ya los elegantes no se disputarán sus sonrisas. Su gloria se desvaneció en los cuernos de uno de aquellos bueyes que para su mal quiso lidiar.”

Todo esto dió motivo para que el periódico *El Pabellón Español* se expresase así:

“Algunos periódicos de ayer dicen que Luis Mazzantini fué herido de una pedrada, así como algunos de sus compañeros. Esto es falso.